

Desde que Javier Echecopar decidió en 1992 radicar en Francia (donde realmente se valora su trabajo), su vida discurre entre nuestro país y el Viejo Continente. Ahora se encuentra en Lima para grabar dos álbumes y también lanzar de nuevo un par de producciones que marcaron época en los ochenta: *Matices* y *Guitarra Andina del Perú* (con Manuelcha Prado y Raúl García Zárate), que han dejado el obsoleto formato del casete para perdurar en el disco compacto.

MILAGROS SALAZAR H.
FOTOS: RICARDO CHOY-KIFOX

Entre las reliquias de un anticuario de Miraflores, Javier Echecopar encontró hace cinco años una pieza digna de un museo: una guitarra cusqueña Miguel Farfán, de 1863, considerada la más antigua hecha en América Latina.

Lo malo de la historia es que dicho instrumento fue hallado en pedazos. Hecho trizas. Y nadie quería asumir el reto de reconstruirlo, ni siquiera en Europa.

Tiempo después, el guitarrista peruano (motivado por su amor a la música) logró que un reparador latinoamericano armara el rompecabezas.

El asombro fue mayor cuando Echecopar logró arrancarle algunas notas a la guitarra cusqueña recién reconstruida. El sonido traía a la memoria dulzura y melancolía. Sentimientos impregnados en la madera peruana y que merecían perdurar en un disco como testimonio invaluable.

Consciente de esta importancia, el músico inició hace unos días la grabación de un CD con el sonido de esta guitarra y de otra joya musical: una guitarra (de transición y con once cuerdas) Joseph Bénédit de 1780, que utiliza para grabar otro disco de música barroca.

A este paso, el talentoso Echecopar podría tomar el apelativo de "recolector de reliquias perdidas". No sólo por estos dos valiosos hallazgos, sino también debido a su incesante interés por investigar los enigmas de la música peruana en tiempos en que la mediocridad carcome a muchos artistas nacionales.



Muchos piensan que la música clásica y la popular son irreconciliables. Sin embargo, estos dos géneros resultan una constante en su trabajo, ¿cómo ha mantenido el equilibrio?

—Creo que aquí hay un problema de percepción. Para mí, tocar un huayno ayacuchano tiene la misma importancia y entrega que la interpretación de una sonata de Beethoven o una *suite* de Bach. Sucede que muy poca gente se atreve a trabajar con responsabilidad.

Hay un desinterés por aprender.
—Por supuesto. Muchos no se arriesgan a hacer lo mismo por ignorancia, por

JAVIER ECHECOPAR



Las cuerdas de la genialidad

■ Alista dos producciones: una de música barroca y otra de ritmos costeños. Lo clásico y lo popular se vuelven a unir en las manos del eximio guitarrista e investigador



Nueva edición. De dos antológicas producciones: *Guitarra andina del Perú* y *Matices*.

falta de preparación. No se respeta la música nacional como se debe. Además, veo que en estos tiempos se ha perdido la importancia de los matices, algo vital en la música, así como la armonía o la cadencia. Si no se toman en cuenta estos elementos, se crea una música plana, como si un pintor tirara un tarro de pintura sobre un lienzo.

Así como usted defiende la investigación musical, hay quienes consideran que esto puede transgredir la espontaneidad del artista. ¿Qué opina al respecto?

—Sí, es verdad. No se recomienda estudiar demasiado una obra para ofrecer un concierto, porque esto mata el alma del artista. La técnica y la teoría son necesarias, pero hasta cierto punto. No hay que olvidar que el espíritu es fundamental en el arte.

Usted criticó la fusión de ritmos. Sin embargo, para algunos esta propuesta contribuye a la evolución de la música. ¿Se considera purista?

—No soy purista. Soy simplemente un señor que se ha permitido estudiar algunas cosas para dar mayores luces sobre nuestra música porque su enorme riqueza aún nos aplasta. De otro lado, sobre la fusión, creo que muchos músicos se han prendido de esa palabra para hacer propuestas intrascendentes.

¿Qué fundirán estos músicos si muchos de ellos no conocen los ritmos peruanos? Además, las obras de arte que destacan en el mundo son las que tienen raíces, un origen con tradición.

Sus investigaciones sobre la música andina son conocidas. Sin embargo, ¿nunca le han interesado los ritmos negros?

—Por supuesto que sí, al igual que la música criolla o barroca. Ocurre que lo andino es tan grande y rico, que merece seguir siendo investigado. El mundo del Ande es impresionante.

¿Qué tipo de música marcó su entorno familiar?

—En mi casa se escuchaba todo tipo de música: desde el repertorio criollo hasta las *suites* de Bach. Sin embargo, viví algunos meses en Huancayo cuando era muy pequeño. No sé si eso habrá influenciado en mi interés por la música andina, pero siempre tuve referencias de este universo. Mi madre también componía algunos valeses con el acordeón, como una aficionada. Siempre he estado rodeado de música. Ojalá que más peruanos se interesen en conocer nuestras raíces musicales, y que los limeños se acerquen cada vez más al mundo andino. El día que eso pase se creará un país con identidad.